

II JORNADAS DE SOCIOLOGÍA

'EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas'

II JORNADAS DE SOCIOLOGÍA

EL FENÓMENO RELIGIOSO. PRESENCIA DE LA RELIGIÓN Y LA

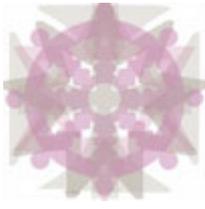
RELIGIOSIDAD EN LAS SOCIEDADES AVANZADAS

CUSTODIO VELASCO MESA Y MAGDALENA ILLÁN MARTÍN

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

COMUNICACIÓN: La renovación del discurso social y estético del catolicismo contemporáneo: de los debates en el entorno de la encíclica *Rerum Novarum* a las propuestas del Concilio Vaticano II.

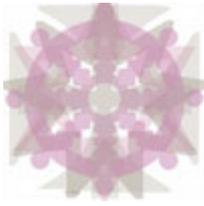
Sevilla, 13 y 14 de junio de 2007.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

Desde fines del siglo XIX, las sociedades industrializadas europeas asisten a una progresiva modificación del discurso y de los planteamientos que la Iglesia católica había mantenido tradicionalmente en relación a los fieles. Las transformaciones ideológicas, políticas y económicas que se venían desarrollando desde las últimas décadas del siglo XVIII alertaron a algunos círculos católicos sobre el que, a su juicio, parecía ser un inexorable proceso de laicización de la sociedad. La “cuestión social”, corolario de aquellas mutaciones, se hallaba en el centro de los debates; la “cuestión social” y, con ella, los colectivos obreros, en quienes las élites de poder veían a individuos no sólo de fácil recurso a la violencia, inmorales e ignorantes sino también con una particular inclinación a aceptar y seguir las consignas que socialistas y anarquistas lanzaban con un lenguaje y desde unos púlpitos bien diferentes a los del sacerdocio. En la encrucijada de esas controversias y ante el desarrollo de las tensiones sociales, visibles en la multiplicación de agitaciones obreras a partir del último tercio del siglo XIX en Europa, la Encíclica *Rerum Novarum*, promulgada por León XIII en 1891, constituyó una tentativa de contrarrestar la tendencia, observada por los hombres de fe en las masas populares, al abandono de los dictados de la Iglesia, y ello tratando de adaptar el discurso y la acción del catolicismo a las nuevas exigencias de la sociedad contemporánea. Esa tentativa, que tuvo una enorme repercusión en diferentes ámbitos entre los que se encuentran las artes plásticas y que se prolongó con sucesivas adaptaciones a lo largo del siglo XX, no nace, a decir verdad, con la promulgación de la citada Encíclica. A este respecto, en lo que sigue se analizarán, primero, los términos en los que se desarrollaron los debates preliminares en un caso pionero, el de Bélgica en la década de los ochenta del siglo XIX para, a continuación, explorar las consecuencias de la renovación del



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

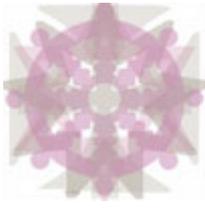
discurso católico en las manifestaciones artísticas en España desde 1891 al Concilio Vaticano II.

1. De “hombres de obras” a “hombres de acción”: el nacimiento de la democracia cristiana en Bélgica.

Los años ochenta del siglo XIX constituyeron, por muchos motivos, una fase de mutaciones en las relaciones sociales y económicas entre los diferentes grupos que componían las sociedades industrializadas europeas. Bélgica se hallaba en esos años bien ubicada dentro del escalafón de esas regiones industrializadas. Era, de hecho, la región del continente que más tempranamente había aceptado la industrialización que venía de Gran Bretaña y la que más se aproximó al modelo británico¹. No es de extrañar que, en el contexto de la crisis económica que dio paso a la Segunda Revolución Industrial durante el último tercio del siglo XIX, Bélgica fuese asimismo uno de los mayores focos de conflictividad obrera. Las agitaciones sociales de la primavera de 1886 fueron la evidencia, generando un enorme despliegue de reflexiones acerca de las causas y consecuencias del desarrollo de una “cuestión social” que parecía desbordar a los diferentes Estados europeos². Más allá de las repercusiones que ello tuvo en materia de intervencionismo mitigado del Estado o de articulación del movimiento obrero socialista, el impacto de aquellas agitaciones se extendió a los círculos católicos en cuyo seno se empezó a gestar una rama que reclamaba una renovación del discurso y de la acción de los hombres de fe. Se trataba de la democracia cristiana, como ya empezaba a denominarse, la cual habría

¹ Véase POLLARD, Sidney; *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970*, Universidad de Zaragoza, 1991, p. 114. Asimismo, DHONT, Jan; BRUWIER, Marinette; “La revolución industrial en los Países Bajos, 1700-1914” en CIPOLLA, Carlo; *Historia económica de Europa. El nacimiento de las sociedades industriales (2)*, Barcelona 1982, T. 4 (2), p. 341.

² Para un desarrollo más pormenorizado de las agitaciones obreras de 1886 en Bélgica, véase VELASCO MESA, Custodio; *Los nombres de la “cuestión social”. Discurso y agitaciones obreras: Lieja y Sevilla en el tránsito de los siglos XIX y XX*, Ed. Diputación de Sevilla, Sevilla, 2003.

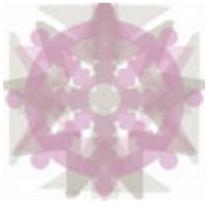


‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

de tomar gradualmente distancia respecto a las directrices conservadoras que marcaba el Partido Católico (en el poder desde 1884), constituyendo uno de los principales y originarios focos desde los que se extendió el catolicismo social en Europa. A este respecto, durante los tres Congresos de Obras Sociales que se desarrollaron en los años 1886, 1887 y 1890 en Lieja al objeto de debatir sobre la “cuestión social”, un reducido número de católicos reformistas, con el sacerdote Antoine Pottier a la cabeza, alzaron su voz para solicitar una acción social por parte de los propios católicos; acción de la que se esperaban resultados religiosos pero también políticos. Y es que, como telón de fondo, se hallaba la irrupción de las masas obreras que aún no contaban como objetivo electoral pero que eran susceptibles de serlo, sobre todo si se tiene en cuenta que el POB (Partido Obrero Belga de orientación socialista) estaba desarrollando durante esos años una activa campaña a favor del sufragio universal (objetivo parcialmente alcanzado en 1893 con la modificación del artículo 47 de la Constitución belga y la subsiguiente implantación del “sufragio plural”). Con ello habrían de impulsar el llamado movimiento del catolicismo social, o de la democracia cristiana, no totalmente reconocido por el partido católico hasta finales del siglo XIX³. De hecho, las posiciones de los democristianos fueron consolidándose a lo largo de esos tres congresos, de modo que en 1891 se logró federar, en el seno del antiguo partido conservador, un

³ La expresión “democracia cristiana” fue presentada de modo, por así decirlo, oficial en el Congreso católico de Malines, celebrado en septiembre de 1891, con la intervención de Helleputte: “la democracia puede ser cristiana, el socialismo no. Un socialismo cristiano será el que admita los principios que todos los socialistas rechazan. Habría, por tanto, que cambiar el sentido del término (...). La palabra demócratas felizmente aún no ha sido confiscada. La hemos tomado porque expresa una idea conforme al Evangelio: es hermosa, es cristiana”. Texto citado por GERIN Paul; “Catholicisme social et démocratie chrétienne (1884-1904)”, en GERARD y WYNANTS; *Histoire du mouvement ouvrier chrétien en Belgique*, Louvain, 1994, T. I, p. 98. A este respecto, véase asimismo POULAT, E.; “Pour une nouvelle compréhension de la démocratie chrétienne”, en *Revue d'histoire ecclésiastique*, 1975, p. 24, y GERIN, Paul; “La démocratie chrétienne dans les relations Eglise-Etat à la fin du XIX^e siècle”, en AA.VV.; *L'Eglise et l'Etat à l'époque contemporaine*, Bruxelles, 1975, pp. 255-278.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

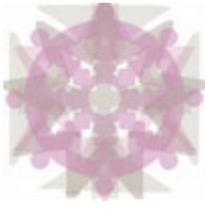
Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

heterogéneo grupo de tendencias democráticas bajo el nombre de Liga Democrática Belga. Ese recorrido, respaldado por la promulgación de la Encíclica *Rerum Novarum* en 1891, no estuvo exento de debates, cuyo eje central era la necesidad de contrarrestar la expansión no ya del laicismo que se desarrollaba paralelamente al avance del liberalismo, sino específicamente de las ideas socialistas y anarquistas en el colectivo obrero. Para ello había que adaptarse a las nuevas exigencias sociales, lo que conllevaba modificar el lenguaje con el que aproximarse a las masas populares y pasar a ser “hombres de acción” antes que “hombres de obras”.

El discurso tradicional de la Iglesia y del propio Partido Católico belga no veía el remedio de los males sociales más que en la educación cristiana y en la caridad, expresada bajo diversas formas por la protección y el patronazgo de las llamadas “clases superiores”. Era la línea de pensamiento que se había consolidado desde la segunda mitad del siglo XIX siguiendo la doctrina de Charles Périn y su adhesión al liberalismo político y económico desde el que se rechazaba toda intervención del Estado en materia social y se insistía sobre la “misión social” de las clases “superiores” en nombre de la caridad cristiana⁴. En 1886 la opinión mayoritaria del catolicismo partía de un hecho común aunque desigualmente aceptado por las diferentes corrientes que lo atravesaban: las luchas sociales entre patronos y obreros tenían como causa principal el olvido de los deberes recíprocos que la religión impone a unos y a otros⁵. En este mismo sentido, desde la distribución tradicional de roles sociales entre ricos y pobres, el discurso dominante del catolicismo persistía en proponer, como medio para remediar la “cuestión social”, la reforma moral y el

⁴ Charles Périn (1815-1905) fue profesor de economía política en la Universidad de Lovaina de 1845 a 1880. Véase al respecto GERIN, Paul; “L’Eglise et la politique en Belgique”, en *Res Publica*, 1985, T. 27, pp. 521-541. Asimismo GERIN, Paul; “1886 et le monde catholique”, en AA.VV.; *1886. La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1990, pp. 51-52.

⁵ Véase al respecto FERREOL; “Ouvrons les yeux” en *La Gazette de Liège*, 26.03.1886, p. 1. ONCLAIR, Auguste; “La question sociale”, en *La Gazette de Liège*; 18.04.1886, p. 5.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

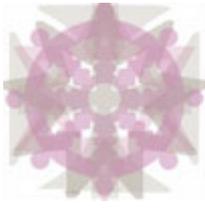
patronazgo de las clases acomodadas⁶. Todavía en 1891, desde el principio según el cual “quien da a los pobres presta a Dios” algunos hombres de fe continuaban sosteniendo que “es la caridad la que hasta ahora es el remedio más eficaz contra la miseria”⁷.

Las iniciativas tradicionales de caridad seguramente atenuaban las consecuencias del deterioro de las condiciones de vida de las clases obreras, pero no dejaban de ser paliativos dadas las masivas dimensiones del pauperismo y, sobre todo, eran insuficientes para dar respuesta a las diferentes exigencias que ahora planteaban las clases populares. Así lo entendió una nueva generación de católicos que, ante la evidencia de la “cuestión social”, empezaron a exponer la necesidad de un cambio de planteamientos, evolucionando de la tradicional llamada a la caridad hacia la apelación a la ayuda a las masas populares bajo una nueva fórmula: la justicia social⁸. La revuelta de 1886 va, en efecto, a quebrantar profundamente la orientación conservadora del catolicismo en Bélgica, dando ocasión a la corriente filantrópica, que no era nueva en el mundo cristiano, de proponer una orientación diferente al Partido Católico. En el clima social que se generó a partir de 1886 y distinguiéndose de las premisas y los fines que habían marcado hasta entonces la trayectoria de asistencia social del catolicismo, las ideas democráticas y sociales

⁶ Si la causa de los males se hallaba en el olvido de los deberes de la religión, por una parte, había que instruir al obrero en la moral cristiana tal y como proponía el presidente de una asociación católica de Lieja al calor de las agitaciones obreras de 1886 y, por otra, había que hacer un llamamiento a las clases acomodadas para que ejercieran su deber de caridad. Véase *La Gazette de Liège*. “Cercle Saint-Ambroise: Question sociale”; 17-18.04.1886, p. 1; *La Gazette de Liège*. “Deux observations sur le discours de M. Frère-Orban”; 18.05.1886.

⁷ *La Meuse*. “Les devoirs de charité”; 10-11.01.1891, p. 9.

⁸ En 1893, cuando ya se habían consolidado estas ideas, L. Moest, aludiendo a las agitaciones obreras de 1886, es extremadamente elocuente al respecto: “Lo que constituyó el éxito, efímero por otra parte, de los cabecillas obreros fue la existencia de serias reclamaciones en la mayor parte de los trabajadores, su carencia de organización, el abandono en que se encontraban. Las oras que hasta ese momento practicaba el apostolado católico eran insuficientes. El pueblo obrero no pedía limosna sino que en el fondo de su ser se elevaba una aspiración hacia la justicia social”. MOEST, L.; “L'antisocialisme”, en *Le Bien du Peuple*, 06.08.1893, p. 1.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

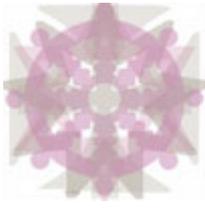
Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

hicieron rápidos progresos en el seno del partido, de modo que hacia 1890 ya se estaba en presencia de una pléyade de católicos sociales que propagaron nuevas concepciones. A lo largo de ese periodo, una parte de los católicos fue progresivamente constatando que sus obras no alcanzaban al conjunto de las clases trabajadoras, que existía una especificidad en la condición obrera en esos años y que había lazos entre esa condición y la economía. Conforme a ello, se llegó al convencimiento de que era necesario encontrar otras respuestas teóricas y prácticas. En lo esencial, como L. Moest destacaba más arriba, no se trataba ya de apelaciones a la caridad sino a la ayuda a las clases trabajadoras bajo la consigna de la justicia social. Godefroid Kurth es elocuente al respecto en una carta dirigida a A. Pottier: “hay que ir en ayuda de las clases inferiores con medidas rápidas y eficaces, dado que la mayoría de ellas se hallan en una situación de miseria y de infortunio inmerecidos”⁹. Con ello, retomando palabras de León XIII en la “Encíclica *Rerum Novarum*”, dejaban de permanecer impasibles ante la pobreza, pues ésta dejaba de justificarse.

Fueron, de hecho, los esfuerzos de Godefroid Kurth, Antoine Pottier o Michel Levie entre otros, los que suscitaron la formación de la democracia cristiana. El propio A. Pottier, desde la llamada “Escuela de Lieja”, será el primer teórico y uno de los más destacados impulsores de este movimiento que en 1891 logró federar, en el seno del antiguo partido conservador, a todos los grupos católicos de tendencias democráticas bajo la Liga Democrática belga¹⁰. El opúsculo que publicó en Roma durante su etapa de exilio en respuesta a los reproches que la patronal le había

⁹ KURT, Godefroid; “Une lettre importante”, en *Le Bien du Peuple*, 22.01.1893, p. 1.

¹⁰ CHLEPNER, B.S.; *Cents ans d'histoire sociale en Belgique*, Ed. Université de Bruxelles, Bruxelles, 1972, p. 169. Acerca de Antoine Pottier, véase GERIN, Paul; “L'abbé Antoine Pottier; un maître à penser et à subir”, en *Grand Séminaire de Liège, 1592-1992*, Liège, Bibliothèque du Grand Séminaire, 1992, pp. 149-167.



'EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas'

dirigido, resume los fundamentos que animan sus nuevas iniciativas: crítica al sistema económico y social, pero también a una parte de la patronal que “especula con la miseria de los obreros disminuyendo la remuneración del trabajo”¹¹. Para A. Pottier las enormes dimensiones que alcanzaron las desigualdades materiales constituían una violación del orden natural. De ahí que, partiendo y adaptando a las nuevas circunstancias la filosofía de Santo Tomás, fundamentándose en la concepción del derecho natural, considerara que todos los hombres debían ganar lo suficiente para alcanzar en la vida terrenal su total desarrollo mediante la práctica de la virtud¹². En consecuencia, todo contrato de trabajo que estipulara un salario insuficiente para garantizar la “los bienes necesarios para la vida” de un obrero sobrio y honesto había de ser considerado injusto; dado que la iniciativa privada se revelaba insuficiente, si las clases obreras no llegaban a procurarse los medios de supervivencia, la sociedad, el Estado, debía intervenir y ayudarles¹³.

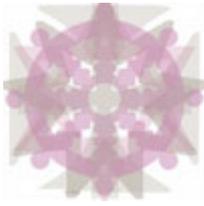
La ayuda a las clases obreras, no ya desde la caridad sino desde la aplicación de la justicia social, se convierte en el emblema de este nuevo apostolado, que se aproximaba, en este sentido, al movimiento de la filantropía laica aunque sin identificarse con sus principios de laicización del amor al prójimo¹⁴. Un planteamiento inédito en el seno del catolicismo a partir del cual no sólo se expuso la idea del “salario mínimo familiar”, sino que, más aún, se contribuyó a la reformulación del

¹¹ POTTIER, Antoine; *Ligue des patrons catholiques. Critique du pottérisme*, II, Rome, 1895, p. 11.

¹² POTTIER, Antoine; "Eux et nous", en *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 1.

¹³ Véase, a este respecto: POTTIER, Antoine; *Ligue des patrons catholiques. Critique du pottérisme*, II, Rome, 1895. Ya en los meses que siguen a las huelgas de marzo de 1886, las llamadas a la legislación, a la intervención del Estado, será para ciertos católicos la respuesta directa a los acontecimientos pero también el inicio de una fosa entre intervencionistas y no intervencionistas, entre demócratas cristianos y conservadores, entre lo que se llamará a principios del siglo XX la “joven derecha” y la “vieja derecha”. A este respecto, sobre llamamientos de católicos en favor del intervencionismo del Estado tras las agitaciones obreras de 1886, véase *La Gazette de Liège*. “Deux observations sur le discours de M. Frère-Orban”; 18.05.1886.

¹⁴ Véase SCHAEPMAN; "Place des ouvriers dans le mouvement social" en *Le Bien du Peuple*, 20.11.1892, p. 1.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

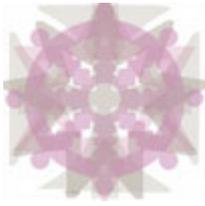
Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

papel del Estado y la necesidad de una acción social católica¹⁵. En esencia, detrás de las doctrinas sobre los procedimientos para hacer frente a la “cuestión social” que fueron formuladas en el seno de la democracia cristiana, pueden advertirse por tanto dos iniciativas complementarias. No siendo la caridad suficiente para evitar los males de la sociedad industrial, por una parte, el Estado debía acometer una misión de justicia y, por otra, el obrero debía estar armado contra todo abuso de la autoridad y contra su propia imprevisión. Se consideraba que sólo mediante esa doble vía podían hacerse realidad móviles superiores a los de la mera asistencia social, al tiempo que se podrían sentar las bases estables de una paz social. La primera de ellas se tradujo en la propuesta de un cambio de orientación en materia de legislación social; la segunda en el impulso a la creación de centros de organización obrera: sindicatos católicos, mixtos en primer lugar, estrictamente obreros más adelante.

La evolución de estas ideas fundamentadas en la consigna de justicia social estuvo marcada por complejos debates que se manifestaron ya desde el primero de los tres Congresos de Obras Sociales que tuvieron lugar en Lieja desde 1886 y que fueron un signo de las disensiones internas que atravesaron al catolicismo belga¹⁶. Precisamente en el Congreso de septiembre de 1886, aunque los asistentes se revelaban antisocialistas por unanimidad, no todos consideraban el liberalismo desde la misma óptica. Frente a la corriente situada en la tradición, es decir, en el principio de resignación del pobre en la pobreza así como el principio de patronazgo, protección y educación del pobre por el rico, se empezó a distinguir un grupo minoritario que prefiguraba el movimiento de la democracia cristiana al proponer, la

¹⁵ *Le Bien du Peuple*. "Un patron à propos des salaires"; 30.10.1892, p. 3.

¹⁶ Sobre los Congresos de Obras Sociales celebrados en Lieja en 1886, 1887 y 1890 respectivamente, véase GERIN, Paul; *Catholiques liégeois et question sociale (1833-1914)*, Bruxelles-Paris, 1959; también, del mismo autor, "Les mouvements populaires en Belgique", en AA.VV.; *Une époque de mutation, 1890-1910. Le catholicisme social dans le Nord-Ouest de l'Europe*, KADOC-STUDIES, 13, Leuven University Press, 1992.



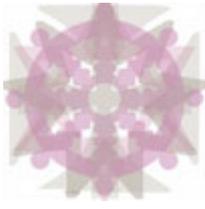
‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

tesis intervencionista consistente en considerar que cuando la iniciativa privada se revelaba insuficiente, cuando las clases dirigentes “responsables” olvidaban su deber, había que cambiar la legislación, corregir mediante la ley¹⁷. En la línea de las teorías que empezaron a extenderse desde el siglo XVIII, para este grupo minoritario de católicos el Estado debía, así pues, ayudar, contribuir a la resolución de la “cuestión social”, no ya por la ineficacia de la fuerza represiva contra los obreros (aspecto que empezaba a ser considerado por algunos dirigentes del Partido Católico), sino por la ineficacia de los sistemas tradicionales de asistencia social de la Iglesia. Una opinión que difería sustancialmente de los principios del liberalismo dominantes hasta entonces en el discurso de origen religioso y que desembocó en la propuesta de elaboración de una legislación obrera que pusiera fin a los abusos que la Comisión de Trabajo encargada por el gobierno en 1886 (una encuesta oral a los obreros sobre sus condiciones de vida y de trabajo) estaba poniendo en evidencia¹⁸.

¹⁷ En este último grupo se hallaron Godefroid Kurth, Michel Levie, Arthur Verhaeghen así como el obispo de Lieja, Monseñor Doutreloux. Véase GERIN, Paul; “1886 et le monde catholique”, en AA.VV.; 1886. *La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1990, pp. 61 y ss. La controversia entre las dos posiciones que se plantearon en el citado congreso, la no intervencionista y la intervencionista, queda reflejada en el debate que mantuvieron Monseñor Rutten y Godefroid Kurth. Véase al respecto *Congrès des Oeuvres Sociales à Liège*, 26-29 septembre 1886, Union Nationale pour le redressement des Griets, Liège, 1886, p. 399-408.

¹⁸ En lo inmediato se consiguió que la Comisión de encuesta adoptara el proyecto sobre los consejos de arbitraje que se había expuesto en el Congreso de Lieja de 1886 y por el que había recibido el acuerdo de la asamblea general (véase *Commission du Travail*. tomo 4, Bruxelles 1888, p. III e *Idem*. tomo 3, Bruxelles, 1887, p. 1-17). Por otra parte, Charles Lagasse que había hecho aprobar por la asamblea general del Congreso de Lieja un proyecto de legislación sobre la vivienda obrera, consiguió igualmente que éste se adoptara por la Comisión de Encuesta y que inspirara el proyecto de ley depuesto por el gobierno el 28 de marzo de 1888 (véase *Commission du travail*. Tomo 3, Bruxelles, 1887, p. 91-92 e *Idem*, tomo 4, Bruxelles, 1888, p. III. Meses después del Congreso, la ley del 13 de diciembre de 1889 que reglamentaba el trabajo de mujeres y niños fue objeto de una propuesta al gobierno el 17 de junio de 1887 y obtuvo los votos de parlamentarios que participaron en el Congreso de Lieja como G. Helleputte, F. Schollaert o Ch. Woeste, Son algunas de las realizaciones que nacieron del Congreso de Obras Sociales de 1886; a este respecto véase GERIN, Paul; “1886 et le monde catholique”, en AA.VV.; 1886. *La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1990, pp. 66-69.



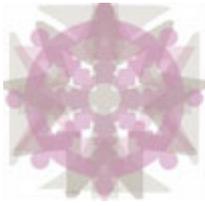
‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

Pese a que en el Congreso de Obras Sociales de 1886 las ideas democráticas se aceptaron sólo por un grupo minoritario que no logró imponerlas, a partir de esa fecha progresaron rápidamente en el seno del catolicismo. Paralelamente, la corriente democristiana evolucionó más allá del “intervencionismo mitigado” que adoptaron sus jefes políticos y que no dejaba de confundirse con el patronazgo y la caridad como medio para apaciguar los conflictos. No siendo la caridad suficiente para remediar los males sociales, el Estado debía llevar a cabo una misión de justicia, sostenían. Pero había algo más. Y es que consideraban que el obrero debía estar dotado de medios de defensa contra todo abuso de la autoridad y contra su propia imprevisión. El intervencionismo moderado llegó a ser la doctrina católica oficial, mientras que los medios demócratas cristianos belgas, sin negar la importancia del papel del Estado, ponían principalmente en evidencia la necesidad de crear organizaciones obreras que, afiliadas al Partido Católico, deberían de obtener una autonomía en la lucha por la defensa de sus intereses¹⁹. Con ello, a lo largo de los años 1886-1893 tiene lugar en el seno del movimiento católico belga una evolución que va del paternalismo a la democracia social, transformando a los “hombres de obras” en “hombres de acción”²⁰. Una consigna que se articula mediante la iniciativa de crear sindicatos obreros católicos y que empieza a propagarse hacia 1890 desde la confluencia de dos ideas esenciales. La primera es la que consideraba el aislamiento en el que se hallaban los obreros frente a los abusos del capitalismo; la segunda pone el énfasis en la imposibilidad de

¹⁹ Véase CHLEPNER, Ben Serge; *Cents ans d'histoire sociale en Belgique*, Ed. Université de Bruxelles, Bruxelles, 1972, p. 169.

²⁰ GERIN, Paul; "Les mouvements populaires en Belgique", en AA.VV.; *Une époque de mutation. Le catholicisme social dans le Nord-Ouest de l'Europe, 1890-1910*, KADOC-STUDIES, 13, Leuven University Press, 1992, p. 171.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

participación política del obrero al carecer de derecho al voto²¹. Ante esa doble circunstancia, más allá de las obras sociales, había que pasar a la acción; una acción entendida en el marco de la creación de medios para defender los derechos de los colectivos obreros, constituyendo organizaciones que, eso sí, respetaran la fe católica²².

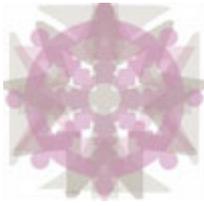
La denuncia al aislamiento y a la indefensión del obrero ante una “patronal inhumana” y una concurrencia desenfrenada, refrendada en la Encíclica *Rerum Novarum*, tendría en los círculos democristianos belgas un amplio eco²³. Era una denuncia y simultáneamente un argumento para justificar, como hace el sacerdote Schaezman, la “necesidad de dirección” y de creación de asociaciones católicas que tiene el obrero, “a fin de evitar las malas compañías”²⁴. Es difícil no advertir en este renovado humanitarismo de origen religioso la fusión y readaptación de ideas antiguas y nuevas. Se habla de “dirección” del obrero y, aunque se apunte la necesidad de desarrollar en ellos los principios de “orden”, “fidelidad” y “disciplina”, ya no consiste tanto en moralizarlo a través de las enseñanzas de la Iglesia como en

²¹ Ambas ideas en René; “Les syndicats ouvriers”, en *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 3 y LANDERS, Jean; “Les idées du père Mathias”, en *Le Bien du Peuple*, 20.11.1892, p. 1.

²² Se expresaba elocuentemente en *Le Bien du Peuple*, plataforma del catolicismo social belga: “Los obreros deben romper este aislamiento uniéndose y constituyendo, junto a la potencia del capital organizado, la potencia del trabajo hasta ahora dispersa. Es el único modo de hacer valer lo que es justo y razonable, de conquistar tanto la libertad en el contrato como el medio de vida del obrero y su familia. Es el único medio de ayudar a estabilizar un salario insuficiente, de asegurar el reposo del domingo, de impedir los excesos en la duración de la jornada laboral, de garantizar las buenas condiciones de higiene física y moral en la fábrica o la mina (...) de llevar a términos razonables el trabajo de jóvenes y niños”. René; “Les syndicats ouvriers”, en *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 3.

²³ Son múltiples las referencias al respecto. Entre las más significativas, se encuentran las de A. Pottier y A. Verhaegen. Véase POTTIER, Antoine; *Ligue des patrons catholiques. Critique du pottérisme*, II, Rome, 1895, p. 11 y ss.; asimismo, VERHAEGEN, Arthur; “Allons au peuple”, en *Le Bien du Peuple*, 20.05.1893, pp. 1-2. Sobre las alusiones en esta línea de la Encíclica *Rerum Novarum*, véase GERIN, Paul; “Rerum Novarum et les catholiques belges: Rome parle, Rome a parlé”, en *Revue politique*, mai-juin, 1991, pp. 21-30; asimismo, GERIN, Paul; “Les retombées de Rerum Novarum en Belgique”, en ETIENNE, J. y WATTÉ, P. (Coords.); *Vers une éthique de l'économie*, Ed. Ciaco, Bruxelles, 1990, pp. 197-208 y 238-342.

²⁴ *Le Bien du Peuple*. “Place des ouvriers dans le mouvement social”; 20.11.1892 p. 1.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

buscar, ante su aislamiento y su proclividad a ser objetivo de influencias “perniciosas” (anarquistas y socialistas sobre todo), su emancipación, dotándole - desde el respeto a los principios católicos- de los medios de organización necesarios para la defensa de sus intereses y derechos. De hecho, estas iniciativas reformistas del catolicismo, particularmente la creación de sindicatos católicos, respondían, no sólo a una voluntad filantrópica sino también al deseo de contrarrestar lo que se consideraba la “invasión”, por parte del socialismo y anarquismo, de un espacio ideológico y social que “pertenece” al movimiento católico²⁵.

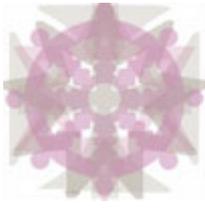
Desde la crítica al inmovilismo en materia social que tradicionalmente había mantenido la Iglesia, pero también al liberalismo doctrinario, a la economía capitalista y al socialismo, la nueva lectura democristiana de la “cuestión social” readapta las enseñanzas de la Iglesia para mantenerse en una postura equidistante. Tal y como destacara A. Pottier, la doctrina de esta nueva generación de católicos mantiene similitudes esenciales con el socialismo: denuncia de las desigualdades económicas y sociales, y, en términos generales, aspiración a la emancipación obrera²⁶. Sin embargo, se cuidaban mucho de acentuar que los fines que perseguían no consistían, como era el caso de los socialistas, en una transformación social, que calificaban de “violenta”, sino en la “curación de la sociedad”²⁷. De ahí que, pese al común reconocimiento del injusto reparto de la riqueza y de los derechos de los individuos, denunciaran del socialismo su defensa de la lucha de clases y, obviamente, su ideología opuesta a la religión y al orden²⁸. Con todo, se trataba de dar respuesta a las nuevas exigencias de los colectivos

²⁵ “Debemos convencer a las masas obreras de que sus intereses materiales serán mejor defendidos a la sombra de la cruz que bajo el gorro frigio”. Véase, a este respecto, Arthur VERHAEGEN, Arthur; “Allons au peuple”, en *Le Bien du Peuple*, 20.05.1893, pp. 1-2.

²⁶ POTTIER, Antoine; “Eux et nous”, *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 1.

²⁷ *Le Bien du Peuple*. “Verhaegen devant les ouvriers. Charleroi”; 27.11.1892, p. 2.

²⁸ *Le Bien du Peuple*. “Lettre du père Mathias”; 27.11.1892, p. 1.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

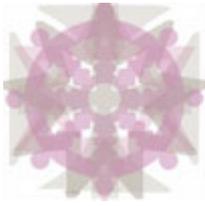
obreros e impedir, al mismo tiempo, que la emancipación de éstos se “desviara” hacia actitudes revolucionarias, opuestas al orden social; una tentativa en favor de la acción social, ya sea mediante la creación de sindicatos mixtos, de sindicatos únicamente obreros o de cooperativas que permitieran, bajo los auspicios de la organización católica, una conciliación entre obreros y burguesía tanto más necesaria cuanto que se estima que la sociedad se halla en un proceso de laicización; una tentativa de adaptación que obligaba a la aproximación a esos colectivos con nuevas propuestas, con un nuevo lenguaje: el de las palabras y también el de las manifestaciones estéticas.

2. La influencia del discurso social católico en las artes plásticas.

2.1. Las consecuencias de la encíclica *Rerum novarum* en el Arte español.

Desde comienzos del siglo XVIII la influencia de la Iglesia Católica en las artes plásticas inicia una etapa de profunda crisis, que no hará sino acentuarse a medida que avanza la Edad Contemporánea, producida por la rotunda disociación que se establece entre los intereses del catolicismo y las problemáticas de una sociedad contemporánea, cada vez más laica en sus principios fundamentales y cuyo gusto artístico se identifica en mayor medida con la pujante clase burguesa.

El caso español es un ejemplo paradigmático de una transformación estética que evoluciona hacia el compromiso social a partir de la influencia de la renovación del discurso social católico, que se opera en las décadas finales del siglo XIX. El punto de partida será la promulgación por parte del Papa León XIII de la Encíclica *Rerum Novarum* –*Sobre la situación de los obreros*– en el año 1891, que significa no sólo una toma de conciencia por parte de la Iglesia Católica de los problemas sociales que afectan a la clase obrera, sino un enfoque renovado hacia la “cuestión social”. La influencia de esta encíclica en la escena artística española



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

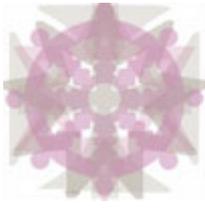
Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

del momento fue inmediata y supuso un cambio drástico en el gusto estético y en la valoración de las manifestaciones artísticas.

En el siglo XIX español la referencia artística más importante es la Exposición Nacional de Bellas Artes, creada en 1856 y que alcanza su época de plenitud a finales de la centuria²⁹. En un momento en el que la estructura del mercado artístico en España estaba escasamente profesionalizada y se limitaba a muestras locales y provinciales, dichas Exposiciones Nacionales constituían el único escaparate existente para, desde el punto de vista de los artistas, dar a conocer su obra y, desde el punto de vista del Estado español, ofrecer una imagen de bonanza creativa en el marco nacional e internacional. A imitación del modelo francés³⁰, las Exposiciones Nacionales españolas promovían una valoración de las manifestaciones artísticas basadas en la jerarquía de los géneros artísticos, de tal manera que el tema tratado en la obra determinaba la valoración crítica de la misma por encima de la ejecución técnica y estilística. La jerarquía de los géneros artísticos establecía que los asuntos mejor valorados –los llamados *géneros nobles*- eran aquéllos que mostraban *temas históricos, religiosos o mitológicos*; en valoración decreciente se situaban los *retratos, escenas de género o costumbristas, bodegones con animales vivos, bodegones con animales muertos, paisajes* y, finalmente, *floreros*. Hasta 1892 las medallas, premios y adquisiciones

²⁹ Las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes se crean en el año 1856 y se celebran en Madrid con periodicidad bienal. Sobre las Exposiciones Nacionales Cfr. GUTIÉRREZ BURÓN, Jesús, *Exposiciones Nacionales de Pintura en España en el siglo XIX*, Madrid, Universidad Complutense, 1987.

³⁰ Desde su origen, las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes siguen el modelo del *Salón* francés, creado en 1665 por iniciativa del monarca Luis XIV y de sus consejeros Le Brun y Colbert, teniendo como objetivos fundamentales convertir el arte francés en la principal referencia cultural y artística de la Europa barroca –superando a una Italia en crisis que había sido la referencia cultural durante el Renacimiento- y utilizarlo como mecanismo de propaganda social y política del todopoderoso Rey Sol como símbolo de la pujanza económica y política de la nueva potencia europea en que se convierte Francia.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

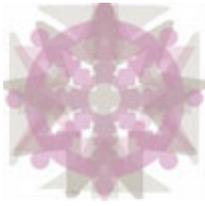
Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

estatales se referían únicamente a los *géneros nobles* y, de manera especialmente relevante, a los temas históricos.

Un año después de la promulgación de la encíclica *Rerum Novarum*, en 1892, por primera vez en las Exposiciones Nacionales fue premiada en la máxima categoría una pintura que se alejaba del tema histórico y que mostraba su interés por la problemática social española del momento: *Una huelga de obreros en Vizcaya*, ejecutada por Vicente Cutanda Toraya (Fig. 1)³¹. A partir de este momento, y en el marco de una sociedad española sensibilizada hacia los problemas de las clases sociales más desfavorecidas, los artistas prestarán una especial atención a las temáticas relacionadas con un realismo social de claro compromiso político; hasta entonces, las obras artísticas que habían tratado temas de semejante contenido social lo habían hecho desde el enfoque de la visión histórica o alegórica, nunca utilizando los recursos estéticos y el discurso de la sociedad contemporánea. A diferencia de la escena artística francesa a mediados del siglo XIX, en la que la influencia del *Manifiesto comunista* en 1848 propiciaría el desarrollo del *Realismo* y del *Naturalismo* con importantes ingredientes de compromiso social y político³², en España será el renovado discurso católico hacia la “cuestión social” el que influirá de forma determinante en el desarrollo de una estética comprometida social y políticamente. Siguiendo esta dinámica, en la Exposición Nacional de 1895 obtendrá la primera medalla la polémica pintura de

³¹ La obra fue adquirida por el Estado español y depositada en el Ministerio de Trabajo (Madrid), aunque actualmente se encuentra en paradero desaparecido.

³² La estancia de Marx en París en la década de 1840 y la publicación de *El manifiesto comunista* en París en 1848 propiciaría el desarrollo de un círculo de artistas, críticos y escritores –Courbet, Champfleury, Zola, ...-, comprometidos intensamente con la utilización de las manifestaciones artísticas y literarias para la divulgación de los principios comunistas y para influir en la concienciación de la ciudadanía sobre los problemas sociales y políticos.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

Sorolla *¡Y aún dicen que el pescado es caro!* (Fig. 2)³³ y en 1897, el tema de la cuestión social se refleja en la pintura de un joven Picasso de 15 años *Ciencia y Caridad* que fue premiada con una Mención honorífica³⁴.

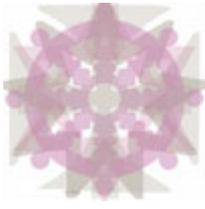
Este cambio hacia una mayor valoración de las temáticas sociales en el arte no se circunscribe únicamente al ámbito geográfico de la península ibérica, sino que se evidencia igualmente en las Exposiciones Internacionales que de forma periódica se celebraban en diferentes capitales europeas; así, en la Exposición Internacional de 1892, obtuvo la primera medalla la pintura *Una sala de hospital durante la visita del médico en Jefe*, realizada por Luis Jiménez Aranda³⁵, y que refleja el interés generalizado hacia cuestiones sociales como los problemas de salubridad e higiene que afectaban a las clases obreras.

Por lo tanto, aunque en la encíclica *Rerum Novarum* la renovación del discurso católico estaba enfocada exclusivamente al ámbito de la “cuestión social”, no teniendo cabida de manera expresa el campo estético o artístico –como sí ocurrirá en los documentos del Concilio Vaticano II-, no obstante, la influencia de dicha encíclica en la sensibilización de la sociedad hacia los problemas sociales de los obreros tendrá, como se ha expuesto, una repercusión inmediata. Es por ello que los principales clientes del mercado artístico decimonónico, como son los Estados y la burguesía, comenzarán a demandar obras cuya temática dejaba de ceñirse a acontecimientos heroicos de carácter histórico o a episodios amables e intrascendentes de la vida cotidiana, y se aproximaba a asuntos de contenido político y social.

³³ Esta obra fue adquirida por el Estado español, estando depositada actualmente en el Museo del Prado, Madrid.

³⁴ Esta pintura de Picasso se encuentra en el Museo Picasso de Barcelona.

³⁵ La pintura de Jiménez Aranda fue donada al Museo de Bellas Artes de Sevilla.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

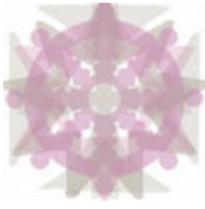
Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

2.2. El discurso estético del Catolicismo en el Concilio Vaticano II y su proyección en España.

Este proceso de implicación de la Iglesia Católica con las problemáticas de las sociedades contemporáneas que comienza a finales del siglo XIX, continuará su desarrollo a lo largo del siglo XX y conllevará la renovación sistemática del discurso católico en una iniciativa que tiene como objetivo adaptar el Catolicismo a las demandas de la sociedad actual. Fruto de dicho proceso es el Concilio ecuménico Vaticano II que es convocado en 1959 por el Papa Juan XXIII y que se celebra entre 1962 y 1965. En los documentos que se derivan de este Concilio –cuatro Constituciones, tres Declaraciones conciliares y nueve Decretos conciliares- se presta especial atención al discurso estético y artístico católico como proyección visible de un discurso social que pretende modernizar el enfoque de la Iglesia sobre la sociedad contemporánea, renovando sus principios morales y abriendo el espacio católico a la participación activa por parte de la comunidad de fieles.

La Constitución *Sacrosantum Concilium* atiende específicamente a la Sagrada Liturgia y su capítulo VII se refiere de manera concreta a *El Arte y los Objetos Sagrados*, exponiendo un discurso de libertad artística y renovación estética que pretende asimilar el espíritu heterogéneo e innovador que caracteriza al arte contemporáneo desde la época de las vanguardias, en los albores del siglo XX. En lo que se refiere a la arquitectura, *Sacrosantum Concilium* propicia la edificación de templos que promuevan la actitud activa por parte de los fieles, radicando su funcionalidad en su capacidad para conseguir una experiencia religiosa participativa y desarrollada en comunidad³⁶. Así, el discurso estético del catolicismo

³⁶ *Al edificar los templos, procúrese con diligencia que sean aptos para la celebración de las acciones litúrgicas y para conseguir la participación activa de los fieles, Cfr. Sacrosantum Concilium, nº 124.*



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

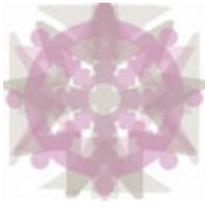
Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

abandona el carácter hermético que la Liturgia había tenido hasta este momento – en este sentido, las lenguas vernáculas pasan a sustituir el monopolio del latín- y se renueva mediante la introducción de la participación ciudadana. En España el arquitecto que mejor supo traducir en su obra el espíritu del Concilio Vaticano II es Miguel Fisac (1913-2006)³⁷, autor de una veintena de iglesias, en cuyos espacios arquitectónicos puede leerse este claro mensaje de renovación de la experiencia espiritual. En estas iglesias Miguel Fisac utiliza la tipología de planta en abanico o estrangulada (Fig. 3) que permite una relación visual sin interferencias entre los fieles y el oficiante de la liturgia y, por otro lado, propicia la manifestación de un intenso sentimiento de comunidad religiosa.

La obra de Miguel Fisac no sólo interpreta de manera efectiva los presupuestos que se derivan de los documentos del Concilio Vaticano II en relación a la Arquitectura, sino que también introduce las directrices marcadas en el campo de las artes plásticas, como la escultura y las vidrieras. Al respecto, *Sacrosantum Concilium* pone de manifiesto la apertura de la estética católica a las nuevas y experimentales tendencias artísticas del siglo XX, señalando que la Iglesia no está vinculada a ningún movimiento estético, sino que acepta las propuestas de todas las tendencias artísticas adaptándose al devenir de los tiempos³⁸. Este aspecto afecta especialmente a las representaciones iconográficas de los personajes de las

³⁷ Sobre Miguel Fisac es extensa la bibliografía existente; Cfr. ARQUES SOLER, Francisco, *Miguel Fisac*, Madrid, 1996; FISAC, Miguel, *Reflexiones sobre mi muerte*, Madrid, 2000.

³⁸ *La Iglesia nunca consideró como propio ningún estilo artístico, sino que acomodándose al carácter y condiciones de los pueblos y a las necesidades de los diversos ritos, aceptó las formas de cada tiempo, creando en el curso de los siglos un tesoro artístico digno de ser conservado cuidadosamente. También el arte de nuestro tiempo, y el de todos los pueblos y regiones, ha de ejercerse libremente en la Iglesia, con tal que sirva a los edificios y ritos sagrados con el debido honor y reverencia; para que pueda juntar su voz a aquel admirable concierto que los grandes hombres entonaron a la fe católica en los siglos pasados*, Cfr. *Sacrosantum Concilium*, nº 123.



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

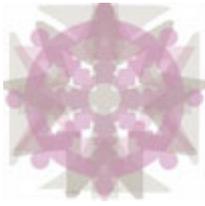
Sagradas Escrituras y del Santoral católico³⁹ que, hasta este momento y en el seno más ortodoxo de la Iglesia, habían estado supeditadas a una figuración realista decimonónica, ocasionando el divorcio entre el arte moderno o de vanguardia y el discurso estético católico. Con esta directriz, la Iglesia incorpora a su discurso estético la utilización de recursos artísticos procedentes de movimientos como el Expresionismo y la Abstracción, siempre que con ellos se potencie el mensaje catequístico y sirvan como recursos de instrucción de los fieles⁴⁰. Igualmente, la Iglesia promueve un compromiso con el arte renovador y de *calidad* desvinculándose de la defensa de un arte anclado en el pasado histórico y deudor de los criterios hueros que caracterizan a los estilos *neo –neobarroco, neorrenacimiento,...*⁴¹.

Las iglesias, conventos y monasterios edificados en España por Miguel Fisac incorporan, por lo tanto, el nuevo lenguaje estético –renovado, actual y de calidad- potenciado desde el Concilio Vaticano II, incorporando la obra artística de los artistas más relevantes de la escena contemporánea española. Escultores como Jorge Oteiza –exterior del Colegio Apostólico PP Dominicos en Las Arcas Reales (Valladolid)-, Pablo Serrano –*Crucificado* del ábside de la iglesia parroquial

³⁹ Respecto a las imágenes religiosas el Concilio Vaticano II es acérrimo defensor de su utilización para la mejor transmisión del mensaje católico. Ello se manifiesta en el epígrafe nº 125 de *Sacrosantum Concilium*,: *Manténgase firmemente la práctica de exponer imágenes sagradas a la veneración de los fieles; con todo, que sean pocas en número y guarden entre ellas el debido orden, a fin de que no causen extrañeza al pueblo cristiano ni favorezcan una devoción menos ortodoxa.*

⁴⁰ *Los artistas que llevados por su ingenio desean glorificar a Dios en la santa Iglesia, recuerden siempre que su trabajo es una cierta imitación sagrada de Dios creador y que sus obras están destinadas al culto católico, a la edificación de los fieles y a su instrucción religiosa.*

⁴¹ *La Iglesia procuró con especial interés que los objetos sagrados sirvieran al esplendor del culto con dignidad y belleza, aceptando los cambios de materia, forma y ornato que el progreso de la técnica introdujo con el correr del tiempo, Cfr. Sacrosantum Concilium, nº 122. Procuren cuidadosamente los Obispos que sean excluidas de los templos y demás lugares sagrados aquellas obras artísticas que repugnen a la fe, a las costumbres y a la piedad cristiana y ofendan el sentido auténticamente religioso, ya sea por la depravación de las formas, ya sea por la insuficiencia, la mediocridad o la falsedad del arte, Cfr. Sacrosantum Concilium, nº 124.*



‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

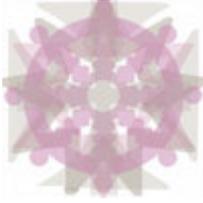
de Santa Cruz de Oleiros (La Coruña) (Fig. 4)-, Susana Polak –friso exterior de la iglesia del Conjunto de Teologado San Pedro Mártir de PP Dominicos en Alcobendas (Madrid)- o José Luis Sánchez –*Crucificado y Santa Ana y la Virgen niña* en el ábside de la iglesia de Santa Ana en Moratalaz (Madrid)- colaboraron en la configuración de un espacio de gran tensión espiritual mediante la incorporación de una estética escultórica esencial y expresionista potenciadora de *un arte auténticamente sacro, siendo más una noble belleza que la mera suntuosidad*⁴².

También Miguel Fisac utilizará la estética del arte abstracto contemporáneo para renovar el lenguaje de las vidrieras en los templos católicos sin dejar de perseguir –como lo hicieran las vidrieras góticas- la consecución de una intensa experiencia espiritual que procure la edificación de los fieles (Fig. 5). Mediante la incorporación de vidrieras abstractas a los austeros espacios arquitectónicos, Fisac introduce en el lugar litúrgico emotivos juegos cromáticos y lumínicos que apelan al recogimiento y a la comunión espiritual de la comunidad católica y que inciden en el desarrollo de dos conceptos fundamentales en el discurso estético promovido por el Concilio Vaticano II, como son el rechazo a la suntuosidad y la captación de la belleza⁴³.

Con todo, desde el Concilio Vaticano II –como ocurriera de manera más explícita cuatro siglos antes en el Concilio de Trento- se desarrolla una utilización

⁴² *Sacrosantum Concilium*, nº 124.

⁴³ *Entre las actividades más nobles del ingenio humano se cuentan, con razón, las bellas artes, principalmente el arte religioso y su cumbre, que es el arte sacro. Estas, por su naturaleza, están relacionadas con la infinita belleza de Dios, que intentan expresar de alguna manera por medio de obras humanas. Y tanto más pueden dedicarse a Dios y contribuir a su alabanza y a su gloria cuanto más lejos están de todo propósito que no sea colaborar lo más posible con sus obras para orientar santamente los hombres hacia Dios. Por esta razón, la santa madre Iglesia fue siempre amiga de las bellas artes, buscó constantemente su noble servicio, principalmente para que las cosas destinadas al culto sagrado fueran en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales. Más aún: la Iglesia se consideró siempre, con razón, como árbitro de las mismas, discerniendo entre las obras de los artistas aquellas que estaban de acuerdo con la fe, la piedad y las leyes religiosas tradicionales y que eran consideradas aptas para el uso sagrado, Cfr. *Sacrosantum Concilium*, nº 122.*



II JORNADAS DE SOCIOLOGÍA

‘EL FENÓMENO RELIGIOSO.

Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas’

del discurso estético como instrumento de aproximación entre la Iglesia Católica y la sociedad contemporánea, para lo cual, los documentos que se derivan del citado Concilio hacen hincapié en marcar una serie de directrices conceptuales y estilísticas que permiten configurar la existencia de un lenguaje artístico sacro adaptado a la búsqueda del equilibrio entre la espiritualidad católica y la sociedad actual.